

Erika Kubacsek:

Un testimonio personal

por Vladimiro Rivas Iturralde

La música es un arte que si no se vive con pasión no comunica nada y es como letra muerta. Hay música escrita y música ágrafa. Los pueblos primitivos eran ágrafos pero conocían y vivían la música en sus rituales. Parecería que al inventarse la notación, la música iba a encasillarse, a enlatarse, para usar un anacronismo. Pero los grandes compositores y los intérpretes de talento han dado vida a ese sistema de signos que parecían aprisionados en las rejas del papel pautado.

Erika Kubacsek era uno de esos músicos capaces de revelar la vida que había tras esas rejas. A pesar del carácter normativo de su profesión de maestra, vivió la música con desenvoltura y pasión, una pasión contagiosa. Poseía un oído infalible y una inteligencia musical que se hacía más evidente cuando acompañaba a las orquestas desde el clavecín o el piano. Cuando había alguna duda en el ritmo o la armonía, a ella se le consultaba y siempre tenía la razón. Y yo me enorgullecía porque era mi directora del coro Convivium Musicum, co-fundado por ella.

Para Erika la música era una experiencia viva, activa y lúdica. Nunca le gustó la música grabada. Hasta el fin de sus días se negó a escucharla. Le parecía absurdo, incomprensible, por ejemplo, que se escuchara música clásica al manejar un automóvil. Hay que cerrar los ojos y entregarse a la música, predicaba. Está bien, cierra entonces los ojos mientras manejas y, con suerte, llegarás a escuchar, literalmente, música celestial.

Cuando ingresé al Convivium, yo no pasaba de ser un apasionado melómano, coleccionista de discos y libros de música. La lectura y la traducción sonora de las partituras me eran desconocidas. Siempre me asombró —y lo escribí en un cuento que dediqué a Erika— que esas grafías pudieran traducirse en sonido, en música. Una de las más admirables invenciones de la cultura de Occidente. Algo he avanzado desde entonces: logré lo que nunca imaginé: tocar algunas piezas didácticas de Bach en el piano. Cuando las toco, sé que de alguna manera Erika está a mi lado. Porque, además, hasta donde sé, lo último que ella tocó en su piano fueron obras de Bach.

De su personalidad emanaba una fuerza poderosa: nadie podía permanecer indiferente a ella; en todos cuantos la conocimos dejó una huella profunda. A algunos irritaban sus exigencias disciplinarias, una mirada de reprobación podía fulminarte; casi todos la queríamos y admirábamos porque lo que nos daba era invaluable, entregado con inteligencia y generosidad, a manos llenas. Pero no se trataba sólo de la generosidad desde la docencia, sino de una más amplia y plena, una generosidad humana.

Cuando pasé por una grave enfermedad en 1999, fui beneficiario de un gran gesto de esa generosidad suya. Como directora del coro, hacía cantar aun a las piedras. Canten bello, decía, en su imperfecto español, canten bello, y esa frase, proferida con tanta convicción, bastaba para que cantáramos, si no siempre con belleza, sí con elegancia y nobleza, especialmente su amado Mozart, maestro de la transparencia, y uno de los seres más indispensables de la especie humana. Le hubiera gustado preparar toda música coral que él compuso.

Descubrir la música con ella en los ensayos era una experiencia memorable, a tal punto que justificaba la penosa y larga excursión desde el sur de la Ciudad de México (para los que vivíamos en el sur) hasta la Academia DoReMi de Ciudad Satélite. Por eso mi querido y extrañado amigo —también fallecido— Rogelio Gómez solía repetir: “Es que estamos locos, estamos locos”. Era una forma de locura que se confundía con la felicidad.

Como yo compartía con muchos mis limitaciones musicales, logré que dedicáramos una media hora extra de ensayos por secciones, antes de hacerlo con los demás. Aprendíamos nuestras líneas, que a veces parecían poca cosa, pero cuando se combinaban con las otras, todo adquiría un sentido superior. Ese tejido musical nos envolvía como un manto celeste y la dicha nos embargaba. Hacer música con ella creó un clima propicio para la amistad, y en el coro se hicieron amistades entrañables.

El Convivium Musicum fue un semillero de cantantes de coro que, retirada Erika,

Mozart Requiem
Misa de Coronación

In memoriam
Erika
Kubacsek

Coro
Filarmónico
Universitario

ORQUESTA
DE CÁMARA
DE MINERÍA

Viernes 27 de marzo 2015
20:30 hrs. Sala Nezahualcóyotl

Yusuf Romero, soprano. Belem Rodriguez, contralto
Gilberto Amaro, tenor. José Luis Reynoso, bajo.
John Daly Goodwin, director

Boletín: 3 700.00
Operación: 3 750.00
Seguro: 5 130.00

Academia de Música del Palacio de Minería, 3534-4555 / 5608-6709
Teléfono Sala Nezahualcóyotl: 5622-7125
Callejón Cultural Universitario, Interoctive, S.A. 3000, C.T. México, D.F.

www.almu.org.mx

IXI
CONACULTA

o permanecieron en él o engrosaron las filas de otros coros, como el Filarmónico Universitario, fundado por Juan Echevarría —miembro del Convivium por muchos años—, coro que puede considerarse una prolongación de su legado.

Le gustaba mucho difundir y compartir el repertorio austriaco, particularmente Haydn, Mozart y Schubert, porque en todos ellos hay mucha alegría. De Bach nos transmitía su armonía. De Beethoven y Mahler, su impulso fáustico, su profunda humanidad. De Brahms, su nostalgia metafísica. Erika nos hizo sentir que hacer música podía ser una de las más altas formas de la felicidad. Ese legado es para nosotros precioso y creo que en este coro hemos hecho lo posible por cuidarlo.

A Erika le habría gustado mucho la manera como el maestro John Daly Goodwin ha preparado este concierto. Esperamos y deseamos que lo disfruten. 📍

Texto para el concierto
In Memoriam Erika Kubacsek,
marzo 27, 2015.